

# ¿Qué espacio le queda al amor tras sobrevivir a Birkenau?

Ana L. Batalla<sup>1</sup>  
a.lucia.batalla@uv.es



Marceline Loridan-Ivens y Judith Perrignon,  
*L'amour après*, París, Grasset, 2018, 157 pp.

*Aimer quelqu'un c'est l'aider a vivre.*

Marceline Loridan-Ivens fue deportada a Birkenau con su padre cuando tenía solamente quince años. Su testimonio se publicó por primera vez en *Chronique d'un été* (Jean Rouch y Edgar Morin, 1961), obra documental en la que los directores querían recoger el día a día, la cotidianidad de París. En ese documental, Loridan-Ivens se quita la coraza que la protegía del pasado, narra a la cámara parte de su historia en los campos de concentración y exterminio nazis, y fascina al espectador con un monólogo en el que revive los primeros momentos de la deportación y la muerte de su padre en Auschwitz. A esta intervención, aislada en el

1. Este escrito es fruto de la investigación realizada en el marco del proyecto *Auto-conocimiento, responsabilidad moral y autenticidad* (FFI2016-75323-P), financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad, y gracias a la financiación recibida por parte de las ayudas para la Formación de Profesorado Universitario (FPU16-01447), financiadas por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

tiempo, le sigue un largo silencio testimonial hasta 2003, año en que dirige una película en la que narra su regreso a Birkenau diez años antes de su filmación y casi cincuenta años después de su liberación. A partir de ese retorno decide hacer públicos sus recuerdos de forma sistemática y escribe sus tres libros autobiográficos, el último de los cuales deseo reseñar en este texto: *Ma vie balagan* (2008), *Et tu n'est pas revenu* (2015) y *L'amour après* (2018).

En su última obra, Marceline Loridan-Ivens nos cuenta cómo fue descubriendo su cuerpo tras la liberación de Birkenau, cómo fue conociendo el amor, el deseo y el placer en un cuerpo que fue condenado desde los quince años. ¿Eran posibles estos sentimientos y sensaciones en un cuerpo que había crecido y se había desarrollado en un campo de concentración y exterminio? Loridan-Ivens descubrió poco a poco que sí que eran posibles, y a través del encuentro de su *maleta de amor*, que contiene las cartas y notas que intercambió con sus amantes, irá narrando décadas después la importancia que tuvieron el amor y la sensualidad en su vida tras su regreso a Francia.

Con la distancia que implican sus ochenta y nueve años, Loridan-Ivens recuerda la primera vez que se enamoró, su primer enlace matrimonial, su primera experiencia sexual, el descubrimiento de su propio cuerpo y de su propia sexualidad, etc. Estas experiencias estaban unidas íntimamente con la pérdida que supuso para ella la muerte de su padre en Auschwitz, pérdida tan dura para ella que, con los años, le permite comprender por qué se casó con su segundo marido, treinta años mayor que ella: prefería vivir con su padre que con un amante.<sup>2</sup> En Joris Ivens encontró un nuevo padre.

Profundamente relacionadas con estas idas y venidas amorosas y sexuales que nos va narrando la autora, podemos ver la tragedia que supone para una adolescente de tan solo quince años haber sido deportada. Su primera experiencia de desnudez delante de un hombre fue en la selección de los recién llegados a Birkenau. Fue así como la desnudez de su cuerpo supuso un trauma para Loridan-Ivens: estuvo asociada al veredicto de los nazis, quienes decidían con un vistazo la vida o la muerte de quienes tenían en frente.

«J'ai tout vu de la mort sans rien connaître de l'amour».<sup>3</sup> En esta afirmación desgarradora de la verdad de la superviviente, podemos intuir lo difícil que fue para ella la reconciliación con su propio cuerpo, que quedó íntimamente vinculado a los *lager* desde una edad muy temprana. Fue por este motivo por el que, tras la liberación, empezó a buscar el amor entre los supervivientes, entre quienes habían tenido que vivir una situación similar y podían comprenderla. Pero la comunidad judía vivía un momento de ansia de reconstrucción, por lo que el objetivo que perseguían sus relaciones era el matrimonio y tener hijos para ampliar la

2. Marceline LORIDAN-IVENS: *Ma vie balagan*, París, Robert Laffont, 2008, p. 229.

3. Marceline LORIDAN-IVENS y Judith PERRIGNON: *L'amour après*, París, Grasset, 2018, p. 34.

comunidad. Y esto es algo de lo que Loridan-Ivens huía. La visión de los cuerpos de mujeres embarazadas en Birkenau le aterrizzaba, y nunca quiso tener hijos.

Loridan-Ivens vivía, tras su regreso, en una lucha interna entre el esfuerzo por reconstruir su vida, por continuar adelante y ser libre, y la parte de ella misma que llamaba «la superviviente», que se encontraba todavía cerca de la muerte y realizó dos intentos de suicidio. «Il m'a fallu du temps pour les réconcilier». <sup>4</sup> Finalmente, fue fuera de la comunidad judía donde encontró al que sería su primer marido, quien prefería no ver la oscuridad que conllevaba ser una superviviente, y quizás por eso ella aceptó su propuesta de matrimonio.

Este primer matrimonio duró poco tiempo y fue sobre todo epistolar, puesto que Francis Loridan se fue a trabajar a Madagascar y ella continuó su vida en París, construyendo su independencia a partir del estatus marital que le confería su nuevo apellido. Durante estos primeros años de reconstrucción, Loridan-Ivens se nutrió de muchos encuentros interpersonales, tanto a nivel físico como intelectual. Necesitaba tener la sensación de estar viva, de recuperar los años perdidos, de aprender todo lo que el *lager* le había arrebatado. Así nació su interés por la filosofía, su cada vez más amplia lista de libros por leer, las largas charlas en los cafés parisinos, y su gran deseo de poner a prueba su libertad.

Fue así como, en rebelión contra su madre que quería una vida tradicional para ella (boda, hijos, etc.), se casó con un hombre que no era judío y que se fue a trabajar lejos, y gracias al estatus que ese matrimonio le otorgaba, trató de recuperar su libertad y autonomía. Inició de este modo una vida liberal, abierta sexualmente a encuentros con diferentes hombres y sentimentalmente a «chicas perdidas como ella». Con esto se refiere a mujeres que, como ella, eligieron otro tipo de vida, distinto al que la sociedad tradicional esperaba de ellas, y entre las que se protegían mutuamente, se escuchaban y se apoyaban en la búsqueda de lo nuevo, de lo no establecido.

Marceline Loridan-Ivens reconoce en esta obra que eligió este tipo de vida libre y liberal porque necesitaba desesperadamente vivir, recuperar el tiempo que le arrebataron los nazis, y superar la muerte de su padre, la deportación y «la folie suicidaire qui gangrenait ma famille». <sup>5</sup> Y es que su familia quedó completamente destruida tras la muerte de su padre: su madre se casó con otro hombre, su hermano pequeño era maníaco-depresivo y arremetía contra ella en momentos de crisis, llamándola por teléfono para amenazarla como si fuese un SS (siglas que llevaba tatuadas en el brazo). Finalmente, a la edad en que murió su padre, se suicidó. También su hermana se suicidó tiempo después, a los sesenta años.

A causa de esta situación personal y familiar, Loridan-Ivens decidió apartarse de ese contexto y saciar su necesidad de comunicación fuera de los límites del hogar, buscando a quienes quisieran escucharla y acompañarla de algún modo en

4. *Ibid.*, p. 31.

5. *Ibid.*, p. 101.

su necesidad de dar a conocer al mundo los sufrimientos por los que había pasado. Fue en esta búsqueda desesperada de encuentros interpersonales ya fuesen de tipo sexual o de amistad como conoció a Joris Ivens, su segundo marido, el que le cambiaría la vida gracias a su amor profundo, su interés por acompañarla en su libertad y en ayudarla a «transformer ta grande et aussi douloureuse expérience de ta vie en une confiance à toi-même, et en ce que tu veux, et pense faire seule avec moi». <sup>6</sup> El principal interés de Joris Ivens, según sus propias palabras, era ayudarla a vivir como ella quisiera, y así fue como ella sintió que podía por fin reconectar las dos partes de sí misma en las que estaba escindida: la chica joven y la superviviente. De este modo, Marceline Loridan-Ivens trató de colmar su necesidad de conectarse con el mundo y su interés por cambiarlo, que llevó a cabo filmando documentales críticos con la situación contemporánea en algunos países.

Fue a partir de la apertura de mente y de posibilidades que le proporcionó Ivens y de su aprendizaje como directora de documentales como, tras la muerte de su segundo marido, Marceline Loridan-Ivens se armó del valor necesario para volver a Birkenau, al encuentro con sus compañeras y su padre allí desaparecido. Dirigió así *La petite prairie aux bouleaux*, obra en la que daba cuenta de sus recuerdos, sus sentimientos y su experiencia de regreso al lugar donde todo cambió. En ese momento de su vida, ya no tenía a ningún hombre cerca, y eso le fue necesario para tomar conciencia de su soledad, poder afrontar su propia historia y volver al *lager*. Fue con esta película como tomó forma su interés por testimoniar de forma pública y a partir de la cual surgió la idea de los tres libros que nos ha regalado a quienes tenemos interés por entender cómo el daño nos afecta personalmente, cómo cambia nuestras vidas y cómo se puede continuar viviendo con esa herida, cómo puede incorporarse a nuestra forma de ver el mundo. El último de estos libros, publicado hace poco más de un año y no traducido todavía al castellano, es el que acabo de reseñar.

6. *Ibid.*, p. 120.

.....  
**ANA LUCÍA BATALLA GAVALDÀ** es licenciada en Filosofía por la Universitat de València. Actualmente trabaja como personal investigador en formación de la Unidad Docente de Metafísica y Teoría del Conocimiento del Departamento de Filosofía de esta misma Universidad. Su principal línea de investigación atañe a los relatos de los supervivientes de experiencias límite como la Shoah o el Gulag.